



Graffiti en la A-4, Dos Hermanas. / Foto: David Soria Pedraza.

Viajes transversales de ida y vuelta

Jesús Jiménez Rodríguez

El tiempo lo cura todo pero, ¿qué pasa si es el tiempo la enfermedad?

El cielo sobre Berlín. Wim Wenders. 1987

Es sabido por todos que a los viajeros de tren rara vez les ocurren cosas excepcionales dentro de las posibles cosas que pueden ocurrirles a los viajeros de tren; sin embargo, yo- que, precisamente pasé de ser viajante a viajero justo en el momento en que decidí contarte que “Es sabido por todos que a los viajeros de tren rara vez les ocurren cosas excepcionales dentro de la baraja de cosas que pueden ocurrirles a los viajeros de tren”- fui testigo de eso que excepcionalmente llamamos cosa excepcional.

Todo buen viajante de tren que se precie sabe que, en el momento en que sube a su medio de transporte público favorito, es aconsejable permitir que los pensamientos tengan total libertad de movimientos en un radio de entre uno y dos metros, consiguiendo que, cuando el señor maquinista vea necesario decelerar, estos pensamientos se depositen con naturalidad en cada una de las cabecitas de los viajeros mencionados, evitando así los problemas frecuentes de acopio de pensamientos propios y ajenos, entre otros infortunios. Los pensamientos vagan en el vagón.

Es por eso que el tren es el lugar idóneo para que los viajeros-lectores lleguen a cierto renglón de su libro, y durante un instante lo cierren y hojeen (sí, hojeen) el paisaje; o para que los viajeros-oyentes-de-música pierdan el ritmo y la letra de la canción que escuchan, mientras recuerdan algo que les sucedió justo hace una semana; o también para que los viajeros-que-hablan pierdan el hilo de la anécdota que estaban contando a los viajeros-oyentes-de-conversaciones. Se trata de hacer pequeños viajes que nos mantengan distraídos durante un viaje más largo. Viajes dentro de viajes.

Todo un paralelepípedo de imágenes mentales, ya pensadas y por tanto, a punto de ser desvirtuadas en forma de sonidos, miradas y gestos. A punto de ser.

Y es necesario que los viajeros sean testigos de la serie cinemática formada por caserón antiguo-cosechas-eucalipto-eucalipto-cañada-eucalipto para que toda esa masa uniforme realice un viaje transversal de apenas centésimas sobre la cicatriz de un canal que no se cierra. Obviamente, un instante ochenta años replegado sobre sí mismo obliga a cualquiera a salir de su habitación de pensamientos, de modo que todos esos sonidos, miradas y gestos a punto de ser intentan reconstruir un canal cada día, a fuerza de llenarlo de ideas en los trenes de ida, y aprender vaciándolo en los trenes de

vuelta, para que no dé tiempo a olvidar. Un canal en el que el empuje de lo que viene desde atrás hace que tengas que pararte. Dar media vuelta.

Y en ese girarse, entender que no se trata de ir buscando, sino de ir encontrando, y hacer de nuestro camino toda una sucesión de encuentros, y a cada encuentro, empezar de nuevo, y estar siempre llegando. Y a cada paso poner en duda el siguiente, pero siempre un paso antes.

De un modo lo más parecido al río, y todo lo contrario al canal.